

marcha esquemas de conocimiento anteriores para incorporar acciones y procesos psicológicos nuevos que se adapten a las diferentes situaciones)

Estas breves líneas pretenden que tanto el profesorado de Educación Infantil como otros docentes de otras etapas educativas, dediquen un espacio de tiempo a la psicomotricidad, ya que al mismo tiempo que produce diversión, está contribuyendo al desarrollo integral de todos/as los niños/as de nuestro aula. ●

Bibliografía

COMELLAS I CARBO, M.J. y PERPINYA, A. (2000). Psicomotricidad en la Educación Infantil. Barcelona: CEAC

SUGRAÑES, E.; ANGEL, M.A. (2007). La educación psicomotriz (3-8 años). Cuerpo, movimiento, percepción, afectividad: una propuesta teórico- práctica. Barcelona: Graó

NAVARRO, V. (2002). El afán de jugar. Teoría y práctica de los juegos motores. Barcelona: Inde.

El enfoque conductista para orientar y modificar las conductas problemáticas

Título: El enfoque conductista para orientar y modificar las conductas problemáticas. **Target:** Docentes de educación primaria y secundaria. **Asignatura:** Psicopedagogía. **Autor:** Eduardo Jiménez Clemente, Arquitecto Técnico, Coordinador de Seguridad y Salud.

En los últimos tiempos ha crecido de manera progresiva la cantidad de alumnos que manifiestan conductas problemáticas en las aulas. Esto provoca, en muchas de las ocasiones, que tanto esos alumnos como sus compañeros vean perjudicado su proceso de aprendizaje.

Es de vital importancia por tanto desarrollar métodos que permitan modificar esas conductas de los alumnos para que su proceso de formación se desarrolle con el máximo aprovechamiento posible.

En el desarrollo del presente tema se ha tratado de analizar el enfoque conductista como orientador y modificador de conductas problemáticas en el aula.

Muchos problemas de conducta en las aulas son estrategias aprendidas destinadas a atraer la atención. El niño aprende que ciertas formas de comportamiento parecen lograr la atención que está buscando, por lo que éstas terminan por integrarse en su repertorio de conductas.

También observamos como muchos profesores sin darse cuenta estimulan las conductas que más desean reprimir.

Esto, por supuesto, es sólo aplicable a los alumnos que alborotan. La mayoría es capaz de hacerse con la atención del profesor mediante conductas aceptables.

Desde 1970, se ha realizado en los Estados Unidos y en Gran Bretaña un intento de sistematización de algunas de las cuestiones prácticas más importantes relacionadas con este problema. Conocido con denominaciones varias, como "tratamiento conductista" o como "modificación de conducta", este sistema ha demostrado que, si se aporta precisión al mundo de las relaciones profesor-alumno, se podrá mejorar sobremanera la conducta de los niños, incluso de los más conflictivos.

La teoría que sustenta el modelo conductista es la siguiente:

1. La conducta observable puede describirse en términos objetivos.
2. La conducta se aprende.
3. La ley del efecto. La conducta premiada tiende a repetirse, mientras que la que no lo es tiende a eliminarse.
4. Cambio de las contingencias. Si deseamos ayudar a alguien a que olvide conductas indeseables y a que las sustituya por otras más adecuadas, debemos cambiar la forma de recompensarle o no por sus actos.

El contexto del aprendizaje

El conductismo insiste en la necesidad de tener en cuenta el contexto en que se desarrolla la conducta. No debemos, por tanto, suponer que sólo porque el niño haya aprendido que una forma de conducta es la buena para conseguir las recompensas perseguidas en la clase de X, va a ajustarse automáticamente a ella en la clase de Y. El alumno puede haberse dado cuenta desde un principio de que lo que da resultado con X no lo da con Y, por lo que habrá aprendido, en consecuencia, una serie de estrategias diferentes que aplicará con la última.

Implicaciones para el profesor

El profesor debe tener en cuenta la conducta del alumno, sus consecuencias y el contexto en el que se desarrolla. Si estudia esas tres variables, entenderá con mucha mayor claridad lo que está ocurriendo realmente, cuándo se produce una mala conducta, qué estrategias habrá que oponer a ese mal comportamiento y cómo estimular una conducta más razonable en su lugar.

REGISTRO DE LAS OBSERVACIONES: FALLOS.

Lo primero que hay que hacer será sentarse y establecer una lista pormenorizada de las conductas de un niño concreto que esté creando problemas.

Esas conductas deben apuntarse de modo detallado. No sirve de nada limitarse a escribir algo así como niño "alborotador" u "hostil". Necesitamos saber las conductas precisas que configuran esos alborotos y esa hostilidad.

Una vez establecida la lista, el paso siguiente consistirá en anotar frente a cada conducta negativa del alumno la respuesta usual que ofrece el profesor a esa conducta. La lista incluirá especificaciones sobre cada una de las conductas agravantes del chico y, frente a ellas, cada una de las respuestas acostumbradas del profesor.

Una vez completada la lista, el profesor la estudiará para determinar qué conclusiones pueden sacarse. Con frecuencia, el profesor está picando en el anzuelo que le tiende el alumno. Este llega tarde o haciendo ruido a clase porque atrae su atención y le induce a responder de una manera desequilibrada. El niño ha conseguido así su objetivo de molestarle.

REGISTRO DE LAS OBSERVACIONES ASPECTOS POSITIVOS

Establecida esa primera lista, el profesor confeccionará otra en la que registre las conductas correctas del niño y sus respuestas en las raras ocasiones en que se produzcan.

Cuando se trata de registrar la respuesta del profesor a estas conductas, éste observará que la parte del papel que tiene que rellenar ha quedado sorprendentemente en blanco. En efecto, en las pocas ocasiones en que el niño hace lo que se le dice, el profesor no parece dar respuesta alguna. El alumno no merece su atención y, por tanto, no hay recompensa de ningún tipo. ¿Por qué extrañarse pues de que esas conductas tan ansiadas se produzcan sólo muy de tarde en tarde? El fracaso en atraer, a través de ellas, la atención del profesor es garantía de que no se afirman como parte establecida del repertorio de comportamientos del niño.

Si se analizan las dos listas, el profesor se dará cuenta de que ha estado recompensando, sin advertirlo, la conducta indeseable que desde el punto de vista del alumno, constituyeron una especie de recompensa y sirvieron para que éste reincidiera en esa conducta.

DETERMINACIÓN DE LOS REFUERZOS Y ANÁLISIS DE LAS REACCIONES DEL PROFESOR

Una vez que el profesor haya establecido las listas de conductas y las respuestas correspondientes, será posible observar la aparición de diversos refuerzos de las conductas del alumno. Ya hemos dicho que el más importante es la atención que él profesor le concede. Pero la respuesta del resto de la clase es también importante. Si el alumno se da cuenta de que una acción particular divierte a sus compañeros y les predispone en su favor, es probable que la repita a la primera oportunidad. Puede también ocurrir que sus actos agraden a un círculo cerrado de compañeros o a un compañero del otro sexo, a quien se desea impresionar. Es posible que esos actos libren al alumno de hacer algo que le disguste, como, por ejemplo, cuando se muestra incapaz de responder a una pregunta difícil del profesor y éste termina entonces dejándole por imposible. Otro caso es su aparente incapacidad para cuidar del material de la escuela, lo que hace que el profesor ya no le insista para que se lleve a casa los libros de la clase y acabe allí sus deberes como los demás, o para que se quede después del colegio a ayudar en algunos trabajos particularmente pesados.

Castigos y recompensas: intencionados e involuntarios

La elaboración de las listas ayuda al profesor a analizar con mayor detalle la influencia del castigo en la conducta del niño. De igual manera que la conducta que se refuerza tiende a repetirse, asimismo la conducta que es castigada suele desaparecer.

Y nos guste o no, lo cierto es que mucho de lo que el profesor toma por "castigo" constituye en realidad un regalo para los alumnos en la mayoría de las clases. Se ha podido demostrar, no obstante, que no todos los castigos son lo que parecen. El profesor supone que, al hablar severamente a un alumno, ya lo está castigando, siendo así que éste puede considerar esa severidad como una forma directa de recompensa. Así mismo, la interrupción de sus juegos u obligarle a quedarse en clase durante el recreo podrá parecerle al profesor un castigo, pero quizá el alumno lo tome como una feliz interrupción de una actividad que le aburría o como una buena ocasión para no pasar frío en el patio.

Por el contrario, y en un tono más constructivo, muchas respuestas que quizá no resulten a primera vista punitivas, pueden serlo de hecho en sus efectos reales. Una es desentenderse del alumno. Otro recurso sería una observación sin mayor trascendencia al padre del alumno en una reunión con padres y familiares, o el comentario al pie de un informe de fin de trimestre.

Esto no significa que hay que usar castigos y amenazas como método para asegurar y mantener el control de la clase, pues ambos recursos presentan inconvenientes específicos. Es aconsejable que el maestro examine con atención los efectos observables de los castigos y sanciones que aparentemente ejercen efecto en la conducta de los niños.

MODIFICACIÓN DE LAS CONDUCTAS NO DESEADAS

Una vez que se han anotado las conductas así como las respuestas del profesor, el paso siguiente será registrar el contexto en que se produce el comportamiento negativo del alumno y luego anotar durante unos días algunos ejemplos seleccionados de esa conducta al objeto de determinar su frecuencia.

El contexto

Considerando en primer lugar el contexto, el profesor observará que esa conducta negativa ocurre sólo cuando otros alumnos están también presentes. O quizá sólo suceda en clases de lenguaje y no de literatura, o los lunes por la mañana y no los viernes, etc.

Determinada la situación exacta del contexto, el profesor podrá darse cuenta de las circunstancias que parecen desencadenar la mala conducta del alumno. A veces éstas serán por sí mismas prueba suficiente para saber cómo conducirse en el futuro. Si el alumno da guerra sólo cuando se le regaña ante los demás, se le reprenderá entonces sólo en privado o asegurándose de que no oiga el resto de la clase.

Frecuencia de la conducta negativa

Se trata de determinar la persistencia de un problema concreto y establecer unos parámetros a partir de los cuales quepa señalar alguna mejoría una vez que se haya empezado a aplicar el programa de modificación de la conducta. Pero, sea cual sea el sistema empleado, ni el alumno ni el resto de la clase deben sospechar lo que está sucediendo.

En las fases iniciales, los refuerzos resultan mucho más efectivos si se aplican cada vez que se produce la conducta deseada. Esto puede parecer un ideal imposible, pero una característica de los maestros eficaces es tener una idea muy clara de lo que está ocurriendo en el aula en cualquier momento.

Moldeado

El moldeado es otro concepto empleado en el tratamiento conductista del control de la clase. Se basa en que, aunque posiblemente el alumno no se porte según nuestros deseos, quizá exhiba de cuando en cuando una conducta que se aproxime a nuestro ideal o, al menos, se le parezca más que su conducta ordinaria. Así, en la llegada ruidosa a clase; el maestro prestará atención al alumno, haciéndole una observación amable cuándo entre con relativa tranquilidad, y que seguirá ignorándolo cuando irrumpa alborotadamente. Al principio, el alumno se quedará un tanto sorprendido, por no estar acostumbrado a que se le reciba con una sonrisa, y mucho menos con una frase de bienvenida. Pero pasados los primeros días, esta nueva situación se volverá más agradable, pues siempre será preferible un refuerzo que no una respuesta de desaprobación y, mucho más todavía, que una manifestación de desentendimiento total.

RECOMPENSAS Y CASTIGOS

Una vez analizado el tratamiento conductual en la corrección de conductas negativas de niños concretos, hay que indicar algo, antes de seguir adelante, sobre las recompensas y los castigos.

La definición más sencilla de una recompensa sería afirmar que se trata de algo (material o inmaterial) que parece deseable para la persona afectada. El castigo, por el contrario, es algo que se muestra como claramente indeseable.

El condicionamiento operante en el que se basa el modelo conductista sostiene que cuando las acciones van seguidas por recompensas tienden a arraigarse y que cuando no van acompañadas por recompensas o van seguidas por un castigo, tienden a desaparecer.

En la práctica las cosas no funcionan del todo así. Por ejemplo, una recompensa pudo resultar tan satisfactoria cuando se obtuvo por vez primera que podemos desearla con exagerada ansiedad en la segunda ocasión en que intentemos conseguirla, con el resultado de que nuestra conducta esta vez quizá no resulte tan eficaz como la vez anterior. De igual modo un castigo puede alarmarnos tanto al principio que, paralizados por el miedo, nos quedemos en un estado de desconcierto total y repitamos el error por el que resultaremos castigados de nuevo.

¿Qué es una recompensa?

Muchas de las recompensas más importantes en la vida consisten en cosas relativamente corrientes (calor humano, actitudes amistosas, aceptación social, estímulo, buena opinión de los demás), mientras que los castigos más eficaces se circunscriben simplemente a la ausencia o a la denegación de esas cosas. De igual manera comprobaremos que la idea de realizar las cosas "por su valor intrínseco" o de evitar todos los castigos resulta ilusoria casi siempre. Si leemos un poema por el gusto que nos proporciona, no lo hacemos "en atención" al poema, puesto que éste, ¿qué duda cabe?, no tiene conciencia de que lo estamos leyendo. En efecto, si lo leemos es por el placer que nos produce, o sea, "en atención" a nosotros mismos, por la recompensa que nos brinda a través del goce de su lectura. Y si fruncimos el entrecejo ante un niño en señal de desaprobación por alguna mala acción, le estamos castigando, nos guste o no, al indicarle así la retirada de nuestra aprobación. Así pues, la vida diaria se compone en gran parte de premios y castigos, por pequeños que sean, los cuales desempeñan un papel importante en la configuración y orientación de nuestras conductas.

Una vez aceptados las recompensas y los castigos (aunque "sanciones" sería una palabra menos desagradable que «castigos») como parte del proceso de aprendizaje normal, ¿queda algo más por decir sobre la eficacia de las estrategias particulares que incluyen el empleo de recompensas y castigos? Claro que sí, y como prueba, empecemos por considerar las recompensas con más detalle.

Tipos de recompensas en clase

Desde una perspectiva conductista, las recompensas son consideradas inicialmente en términos de refuerzos objetivos que proporciona el entorno exterior. Por consiguiente, el tratamiento conductista orientado al control de la clase no es muy explícito sobre las recompensas subjetivas, internas, derivadas de un sentido de autosatisfacción individual. No es que no las considere importantes, sino sencillamente que no se hallan bajo el control directo del profesor, como ocurre con las recompensas externas. Las recompensas de tipo externo, las cuales pueden dividirse grosso modo en dos grupos:

1. Recompensas inmateriales. Consisten principalmente en cosas tales como la atención, los elogios y el estímulo del profesor, la atención de los compañeros (sobre todo si es amistosa y de carácter positivo), así como la atención y las alabanzas de círculos ajenos al entorno directo del alumno, como tutores de otros cursos, jefes de estudios y toda la escuela en general.

2. Recompensas materiales. Se componen de buenas notas, buenos informes trimestrales, premios o recompensas, responsabilidades especiales, etc.

Ambos grupos guardan una estrecha relación, en la medida en que las recompensas materiales tienen el valor que les da el ser pruebas tangibles de la atención y la estima del profesor, mientras que las inmateriales son a menudo valiosas porque encierran la promesa de algo más tangible en el futuro, como concesión de recompensas o el acceso a un trabajo a la salida del colegio.

Recompensas inmateriales

Constituyen el meollo del control de la clase. El buen profesor siempre llamará la atención de los alumnos hacia estándares y logros dentro del marco de su propio trabajo individual, alabándoles y

estimulándoles. Para lograr un efecto máximo, la investigación conductista muestra que esos estímulos y alabanzas no se pueden demorar mucho tras la realización positiva por el alumno de sus trabajos y deben ajustarse a ciertos patrones observables. De impartirse indiscriminadamente terminarán perdiendo fuerza en seguida. Pero esos patrones o modelos deberían ser, en la medida de lo posible, de tipo individual, relacionados con las posibilidades de cada alumno en ese momento concreto. Además de fundarse en criterios realistas, las alabanzas y los estímulos deberán ser consistentes si se quiere sacar el máximo partido de ellos. No tiene sentido alabar una acción concreta un día y hacer lo propio con la contraria al día siguiente. La clase necesita saber por qué patrones y procedimientos debe regirse, y entender con claridad qué tipos de conducta conducen siempre a ciertos tipos de recompensas apetecidas. Por ejemplo, el trabajo serio es algo que siempre se fomenta, con independencia de los logros concretos del chico objeto de atención. La creatividad es un factor que siempre se estimula, aun cuando los resultados alcanzados puedan a veces, rayar en lo grotesco. La ayuda a los demás es digna de alabanza, etc.

Recompensas materiales

Lo mismo cabe decir de las recompensas materiales, aunque éstas encierran cierto valor intrínseco positivo, como ocurre con ciertos privilegios. Pueden, además, sobre todo en el caso de unos buenos informes trimestrales, atraer más recompensas fuera de la escuela, sobre todo la aprobación de la familia y, como consecuencia, más privilegios y regalos. Así pues, la concesión o denegación de recompensas materiales en la escuela constituirá una ayuda eficaz para la labor de control del profesor.

Tipos de castigos en clase

En su gran mayoría, los castigos efectivos consisten sobre todo en no conceder las recompensas mencionadas en el apartado anterior. La falta de atención, de elogios y de aliento por parte del profesor, el fracaso en las notas y la retirada de privilegios son factores que ya constituyen en sí mismos una buena sanción. Surgirán, no obstante, ocasiones en que los profesores estimen la necesidad de actuar más directamente.

En el caso, sobre todo, de niños pequeños, bastará con una muestra de desaprobación de su conducta. El profesor indica que un comportamiento equis es inaceptable y explica al niño por qué. Sin embargo, algunos chicos considerarán gratificante cualquier tipo de atención del profesor. En esas circunstancias, el maestro podrá decidirse a aplicar algún tipo de sanción más concreta.

Los castigos concretos deben ser considerados por los niños como lógicos, justos y bien aplicados e incluirán siempre algún sistema que ayude al niño a salir de su ámbito específico de mala conducta, indicándole las posibles acciones correctoras de la situación.

La carta del jefe de estudios

Una de las sanciones más efectivas a disposición del colegio, es la carta del jefe de estudios a los padres. La mejor forma de utilizar la carta a los padres es incorporarla al denominado contrato de rendimiento modificado. El jefe de estudios escribe la carta y luego llama al estudiante, leyéndosela

en voz alta. En ella se explican con serenidad los detalles necesarios, la conducta exacta del alumno y la reacción consiguiente de los profesores, preguntándose al final al chico si desea que se le dé curso.

Si responde que no, se le pregunta qué mejoría concreta puede prometer para disuadir al jefe de estudios de echarla al buzón. Una vez que ambas partes hayan llegado a un acuerdo, el jefe de estudios archiva la carta, bajo la condición de enviarla (con la postdata correspondiente sobre el incumplimiento de la palabra dada por el alumno). Durante un cierto periodo de tiempo éste se entrevistará regularmente con el jefe de estudios para tratar de los progresos realizados, y si las cosas marchan bien se le entregará la carta para su destrucción inmediata. Esto significa de hecho conceder una nueva oportunidad al alumno a partir de cero, con la condición de que, en caso de reincidir en su comportamiento, se podrá preparar otra carta en términos parecidos.

Expulsión temporal ("time-out")

Los métodos punitivos para que sean eficaces deben considerarse como parte de la política de la escuela, ser apoyados por todos los miembros del claustro y no entenderse como iniciativas personales de algunos profesores. Esto es así sobre todo en el caso de una sanción denominada expulsión temporal (su denominación completa sería "aislamiento temporal, lejos de un refuerzo positivo"). Esta expulsión temporal significa alejar al alumno del contexto en que se produce la conducta indeseable.

Recordemos la importancia del contexto. Puede suceder que un alumno se esté portando mal por su necesidad de captar la atención del profesor o del resto de la clase. Si se le separa de ese contexto en que recaba esa atención (por ejemplo, expulsándole del aula) desaparecerán las posibilidades de lograrla y, con ellas, el estímulo alimentador de esa mala conducta.

Hace tiempo que los profesores aplican la medida de expulsar a un alumno de la clase, pero esta estrategia presenta serios inconvenientes, como que el niño pierda la mitad de la lección, mientras que el profesor (adrede o no) se olvida de él. Otro peligro es que el chico combata el aburrimiento haciendo muecas a la clase a través de la pared de cristal, o decida sin más marcharse a casa. El método de expulsiones temporales pretende evitar estas consecuencias, sistematizando todo el proceso.

Se prepara una pequeña sala, bajo la supervisión, bien del jefe de estudios en la escuela primaria, bien de un miembro de la dirección en una escuela secundaria, de reconocida eficacia en el mantenimiento del orden y que tenga la hora libre en ese momento. Se envía al niño a la sala por un tiempo concreto (por lo general no más de cinco o diez minutos), en donde permanece bajo la mirada vigilante del supervisor. La salita no ofrecerá ningún elemento de estímulo y el niño pasará un tiempo bastante aburrido antes de reincorporarse al aula. Si repite su mala conducta se le volverá a enviar a la salita de los expulsados por otro periodo de tiempo.

Al principio las visitas a esa sala pueden constituir una novedad, sensación que pronto desaparecerá.. Si ha estado interrumpiendo el trabajo en clase, ésta se dará cuenta de que el ambiente es mucho mejor ahora y de que aprende mucho más cuando el alborotador ha sido alejado temporalmente del aula. Por lo que a la vuelta del castigo el culpable se sentirá presionado no sólo por el profesor sino también por sus condiscípulos para que cambie de conducta.

Refuerzo negativo

Hay que aclarar bien la distinción, según la terminología conductista, entre "castigo" y "refuerzo negativo». Muchos estudiantes y profesores suponen que como el "refuerzo positivo" es sinónimo de recompensa, el "refuerzo negativo" debe consiguientemente entenderse como otro término punitivo. No es así. El "refuerzo negativo" se refiere a la retirada del castigo o de otras consecuencias indeseables si esa medida representa una forma de modificación de la conducta. Supongamos, por ejemplo, que se castiga a un niño siempre que confiese haberse portado mal. Al final el chico terminará mintiendo o disimulando las pistas para que no le descubran.

Si eliminamos el castigo o lo aliviamos bastante, reconociendo, por ejemplo, honradez del niño por haber dicho la verdad, sus mentiras y artimañas tenderán a reducirse. Gracias al refuerzo negativo aprenderá que decir la verdad no conduce siempre a un castigo, y si ahora reforzamos ese principio recompensándole de un modo activo por decir la verdad (con elogios, por ejemplo), quizá le habremos ayudado bastante en su proceso de transición a persona honrada. Ç

CONCLUSIÓN

Con todo esto se ha querido dar una visión lo más acertada posible acerca de cómo resolver los problemas conductuales de los alumnos atendiendo al método o enfoque conductista, dada la actitud que muchos alumnos adoptan en estos tiempos. Espero que esta aportación sirva para que muchos docentes consigan redirigir el comportamiento de aquellos alumnos problematicos.●

Bibliografía

- ALZATE, R. (1997). Resolución de conflictos en la escuela. Innovación Educativa
- CARRASCOSA, M^a.J. & MARTINEZ MUT, B. (1998). Cómo prevenir la indisciplina. Escuela Española.
- CASAMAYOR G. (1989). La disciplina en la escuela. CEAC
- GARCIA CORREA, A. (1996). Gestión y control del aula. Escuela Española
- MAHER, Intervención psicopedagógica en los centros educativos. Narcea.
- PLAZA DEL RIO, J. (1996). Disciplina escolar. Aljibe.